

Cuando comienza el siglo, en todas las escuelas de Asturias, Santander, Galicia, Vasconia, Cataluña y algunas otras provincias españolas se prepara a los niños para ser "indianos". Se les enseñan las "cuatro reglas" de la Aritmética con una ilusión: la de ir a La Habana, Méjico o Buenos Aires, ciudades que para los niños de estas provincias españolas pertenecen a la fabulosa geografía de Salgari y de Julio Verne.

Bien es cierto que, precisamente en los comienzos del siglo, cuando adquieren incremento y categoría de gran industria las minas de Asturias, las industrias metalúrgicas de Vasconia y las fábricas de tejidos de Barcelona, se incrementa la emigración. Los muchachos españoles de 1900 no quieren meterse bajo tierra ni encerrarse entre las sucias paredes de una fábrica. Y acaso no les falta razón. Mejor que convertirse en proletarios sin esperanza es pasar el "charco". América todavía tiene un margen para la ilusión del oro, para la fábula y la aventura. De las Américas se puede volver rico. No todos tienen suerte, suelen decir los pesimistas. Pero la suerte y la ilusión juegan un papel importante en el incremento de la corriente emigratoria de principios de siglo.

Por el mar viene la ilusión y las letras de cambio para los hogares campesinos de muchas regiones españolas, especialmente las del Norte de la Península. Los chicos sueñan desde que tienen diez años; saben multiplicar y quién fué Colón, con la aventura atlántica de Cuba, Méjico y Buenos Aires.

Se diría que la definitiva separación política de América, consumada en 1898, despertaba un mayor afán de colonización civil y pacífica, de identificación sentimental y económica con las tierras del otro lado del Atlántico. Era como si algo profundamente instintivo impulsase aquella caudalosa corriente emigratoria. La Compañía Trasatlántica ya tiene sus barcos bien acreditados: el *María Cristina*, el *Alfonso XII*, el *León XIII*. Las salidas mensuales de estos barcos de Bilbao, Santander, Gijón y La Coruña, para La Habana y Veracruz, y las de otros para Montevideo y Buenos Aires, eran esperadas por cientos de muchachos en cada puerto. Sobre todo el *María Cristina* tiene caracteres de símbolo. Sus bodegas estaban llenas de canciones folklóricas y lágrimas de nostalgia. Pero también iban a realizar un sueño elemental y casi atávico de desembarcar en tierras de América.

En el fondo, todo aquello tenía cierta lógica. La reciente y progresiva organización de las antiguas colonias españolas en países independientes, había determinado un rápido resurgimiento económico, que necesitaba brazos fuertes y cerebros bien equilibrados para su desarrollo. Y los españoles, además de contar en todos aquellos países con una fuerte representación de antepasados, no estaban separados por la barrera infranqueable del idioma, como les ocurría a otras emigraciones europeas. Unos tenían allí familiares directos. Otros tiraba de ellos, además del afán de aventura y de la riqueza fabulosa, una especie de atavismo regional, pues rara era la región de España que no tenía algún hijo enriquecido en las Américas. Nadie piensa en los sacrificios de aquellos primeros emigrantes ni en los que no habían tenido suerte. Se habla sólo de los que vuelven triunfadores y ostentosos, o de los que desde allá mantienen un continuo contacto con los suyos.

Los viajes en los barcos de la Trasatlántica eran relativamente baratos. Bastaba acercarse al puerto de embarque y pagar de cincuenta a sesenta duros para que la Casa Consignataria le entregase a cualquier mozo un "pasaje", es decir, un billete para el *María Cristina* o el *Alfonso XII*, con lo que ya podía embarcar sin más complicaciones. Cuando ya el futuro emigrante tenía el "pasaje" en el bolsillo, los padres compraban al rapaz un traje barato, dos mudas de ropa interior, calcetines, zapatos, una gorra de visera y una maleta de cartón. Y con los últimos veinte duros que le restaban al padre, de la hipoteca de la finca o la venta de la vaca, en el bolsillo, embarcaba el mozo para La Habana, Méjico o Buenos Aires. Antes de embarcar, y ya próxima la despedida, el mozo solía hacer una formal promesa: "Padre, yo te mandaré para desempeñar la finca". ¡Y casi siempre se cumplía!

Después venían los primeros días a bordo. Los terribles mareos, el encierro en las bodegas los días de temporal, los "¡ay madre del alma!" Y también algunos ra-



## Por el mar viene la ilusión

tos de gaita, "chistu" y acordeón. Los quince o veinte días de travesía eran un mal trago. La aventura americana tenía como prólogo aquellas terribles náuseas sobre el Atlántico. Todo resultaba extraño: los olores, los camarotes abarrotados, las comidas a base de un rancho cuartertero, tan distinto de las comidas a que los tenían acostumbrados sus madres.

Pero aquel era un aprendizaje extraordinario. Después del paso del "charco" la entrada en una tienda, en una "bodega" de La Habana, en una "abarrotería" de Méjico, en un telar de Puebla, en un "ingenio" de azúcar, en una plantación de tabaco o en una ganadería de la Pampa, todo parecía una compensación.

Las leyes de la emigración en los distintos países americanos tenían ya sus exigencias. Pero cada emigrante tenía un pariente o un vecino que previamente lo había inscrito en alguno de los Centros regionales que ya empiezan a sostener grandes sanatorios y a convertirse en una se-

gunda patria para los emigrados. El simple recibo de pertenecer a cualquiera de esas "Quintas" que se han hecho famosas, como "La Benéfica" y "La Covadonga" en La Habana, el "Centro Gallego" de Buenos Aires o la que existe en Méjico, bastaba para levantar la "cuarentena" impuesta a un emigrante.

Seguidamente el "gayeguito", nombre que se le da al emigrante, sea de la provincia española que sea, comienza a trabajar. Esta era quizá la peor etapa de su aventura. Al principio todo se le pone en contra: el clima, el ambiente, las costumbres exóticas para el trabajo excesivo. El emigrante llora lágrimas de nostalgia y pasa días de desesperación.

Pero acaso la principal característica del español ha sido siempre su extraordinaria capacidad de adaptación. Pronto se adapta al país, se "aplatana", como dicen allá, y comienza a tomarle el gusto a la nueva tierra. Trabaja mucho, pero no tarda en reunir los primeros pesos, que gira para

"pagar el pasaje", es decir, para que su padre levante la hipoteca de la finca.

Y una vez ganados los primeros pesos, el paso está dado. A la casita aldeana se le agrega un pisito con paredes blancas y una galería con cristales. Ya están allá cuatro hermanos, y el mayor ha puesto una tienda por su cuenta. El padre de los emigrantes va de cuando en cuando al Banco, para cobrar unas letras de cambio. El, mas todos los vecinos y conocidos, bendicen aquella tierra que les libró de la miseria. Desde acá no se ven los sinsabores de los emigrantes ni sus lágrimas de nostalgia. Desde acá, La Habana, Méjico, Buenos Aires siguen siendo mundos fabulosos, donde basta "tener suerte" para hacerse rico.

Pasan los años y entonces llegan los "indianos", que construyen escuelas, caminos, fuentes, iglesias y hospitales. Pagan romerías y andan en coches y automóviles por los caminos estrechos de las aldeas.

Sobre el gran número de "indianos" afortunados destacan en estos cincuenta años nombres de algunos, verdaderos genios de la actividad y la economía, cuyo prestigio comercial y fortuna puede equipararse a las de los grandes magnates de Norteamérica. Algunos de estos emigrantes, que salieron de una aldea española y pasaron el Atlántico en las bodegas del *León XII* o el *María Cristina*, también llegaron a ser "reyes" de esos reinos sin geografía política, pero con una efectiva geografía económica. "Dominios" propios en la Argentina, Cuba, Méjico y otros países americanos, que ellos espiritualmente tienen anexionados a su Patria, cuyas glorias proclaman siempre. Entre estos nombres tienen personalidad y resonancia universal Pepe Menéndez, el avilesino llamado el "rey" de las lanas de la Patagonia, y famoso también por haber levantado sobre el remate austral del continente americano aquella estatua en cuyo pedestal se lee: "A Magallanes, Pepe Menéndez". Y suena el apellido de Patiño, tan importante en la América del Sur como pueda serlo Morgan en la del Norte. Y José López Rodríguez, el popular "Pote", que con su librería y editorial "La Moderna Poesía", en La Habana, llegó a ser una verdadera potencia comercial. Solís y Entralgo, creadores de una moderna forma de comercio. Alvarez Rionda, que en un momento fué el "rey" del azúcar cubano. Y el asturiano Antero González, dueño de grandes fábricas de tabaco, propietario de la marca "Partagás". Y son los Noriega, los Díaz Rubín y los Manuel Suárez, en Méjico. Y otros muchos repartidos por todo el continente. Enormes fortunas amasadas con sudor y actividad, que suponen verdaderas provincias económicas y espirituales que sigue teniendo España en América, porque el emigrante español, por más océanos y más tierras que le separen de su Patria nativa, sigue estando él, y todo cuanto tiene, unido a su aldea por un invisible pero real y emotivo cordón umbilical. "Pepe Frañcisco", aquel "indiano" personaje del cuento "Borofña", de Clarín, además de un personaje es un símbolo de la emigración española de fin de siglo. Es el prototipo de ese emigrante aldeano, superenriquecido en América, que cuando el mundo le arranca todas las ilusiones sigue viviendo de su nostalgia y conserva una: la de morir en el regazo de la tierra nativa, con los ojos llenos del dulce paisaje de la infancia.

En estos últimos años, la guerra civil, que ha modificado tantas cosas en España, ha cambiado también el signo y hasta la psicología del emigrante español. Un extraordinario incremento de la industria y la minería ha absorbido gran parte de los brazos sobrantes que hace veinte o treinta años marchaban hacia América. La emigración continúa, pero ya no es en masa ni de jóvenes sin preparación. Quedan aún muchos españoles jóvenes con los ojos puestos en las amplias posibilidades que ofrecen los países americanos en pleno resurgimiento. Y la tradición del paso del Atlántico en busca de fortuna, que se iniciara con los primeros conquistadores, continúa. Pero los que hoy emigran ya no son, en su mayor parte, campesinos sin preparación, sino muchachos y hombres preparados intelectual y técnicamente, que tienen especial acogida en el ambiente progresivo de los medios americanos. Hoy es frecuente aún ver cómo jóvenes españoles toman el barco en La Coruña, o Vigo, o el avión en Barajas, para trasladarse a las Américas; pero llevan en la cartera un título conseguido en una Escuela especial española, que les permite ocupar puestos de responsabilidad técnica o directiva, tanto en la industria como en el comercio del Nuevo Mundo.—J. A. C.

